

Las condiciones precisas para la victoria

Texto íntegro de la conferencia pronunciada ayer tarde desde el micrófono de Radio Ciudad Real, por el camarada Francisco Colás, director de este diario:

Al cabo de siete cruentos meses de lucha, cabe, al enjuiciar y hacer una crítica serena de estos meses, sacar de su triste experiencia las premisas necesarias para formular las consignas que nos hayan de llevar a la victoria.

El curso ascendente de una etapa revolucionaria en la vida política española, revolución cuyos antecedentes lejanos hay que ir a buscar allá en los tormentosos días de Septiembre del año diez y siete, se ha visto interrumpida dos veces, por un movimiento retardatario llevado a cabo por la reacción española. Fué la primera vez en Septiembre del veintitrés, cuando un audaz golpe de mano del general Primo de Rivera paralizó durante una década de años el movimiento ascendente de la Revolución española, que al final de esta etapa aparece acrecido en el período de esclavitud y adversidad de la dictadura primo-riverista. Ha sido la segunda vez en el mes de julio del año treinta y seis, cuando las fuerzas retardatarias españolas, rumiando el fracaso electoral, se decidieron a arrojar la máscara e ir a la conquista del poder por el camino de una sublevación militar, que contaba, dentro de España, con el apoyo del clero, del capitalismo de industria, y del capitalismo terrateniente; fuera de España con la simpatía primero de las potencias fascistas y con el apoyo en hombres en dinero, en material bélico, cuando la fiera de la guerra civil consumió dentro de España las reservas de dinero y hombres con que los generales sublevados habían contado para lanzarse a la revuelta.

Frente a este amasijo de fuerzas galvanizadas en el campo enemigo merced al hecho mismo de la sublevación, en nuestro campo, solitario, se levantó el concepto del Derecho como fuerza cohesiva del proletariado y de la pequeña burguesía.

En los albores de la guerra, cuando real y verdaderamente se podía hablar de la guerra civil española, cuando enfrente de nuestras milicias no combatían otros elementos que los soldados del ejército español llevados con engaño a una criminal sublevación, aun con un desnivel en nuestra contra nacido de la improvisación de armamentos, de cuadros de mando, de concepto de la disciplina y de la táctica guerrera, la balanza de los acontecimientos bélicos rápidamente se inclinó a nuestro favor, merced al empuje de esa cosa inmateral, pero real y efectiva en los frentes de batalla que se llama entusiasmo por una causa, adscripción a una idea de ingentes masas de opinión surgidas por generación espontánea de la auténtica cantera popular... Y una serie ininterrompida de victorias, Cuartel de la Montaña, los Carabanchales, Alcalá, Guadalajara, Toledo, Barcelona, Albacete, coronan de laurel los primeros hechos de armas del naciente Ejército Popular.

Creó esto en nuestro campo, una desmesurada confianza en la victoria; una fe ciega, absoluta, irrefrenable, que nos hizo concebir que la victoria estaba en nuestros bolsillos, y que únicamente quedaba por hacer la administración de la victoria, que cada cual, de los diferentes componentes del primitivo Frente Popular quiso llevar a su campo, como pre-

sea y botín de la lucha que aún no había terminado.

¡Que aún no había terminado!... En vano fué que una arrancada motorizada saliendo de Sevilla recorriese en un paseo militar toda Extremadura, para alcanzar las márgenes del Tajo, y con ellas el camino de invasión de Toledo, donde agonizaba entre explosiones de dinamita el resto de la facción cobijada en el glorioso solar del Alcázar imperial; en vano fué que la invasión apuntara con su puñal al corazón español, llegando a las mismas puertas de la villa maclileña que ya era heroica y hoy es heroica y mártir; en vano fué que este solo hecho demostrara hasta la saciedad que en la guerra civil española habían intervenido elementos extraños que habían hecho perder a ésta sus primitivos perfiles de pleito interior, para trocarse paulatinamente en una guerra de invasión por potencias extranjeras, habilmente disimulada tras la mascarada de una sublevación militar; en vano fué que un día y otro la titánica defensa de Madrid llamase a la conciencia de la retaguardia; en vano fué que se traiera al buen camino, olvidado en la confianza de la victoria, de unificar todos los esfuerzos al objetivo único, común a todas las banderas, de ganar la guerra.

Como en el cuento de la lechera, la retaguardia siguió empeñada en la tarea de los castillos de naipes, en la administración, mejor que administración, disputa y reyerta, algunas veces sangrienta, de un botín que moros, legionarios, alemanes, italianos y portugueses nos disputaban con concono en los campos de batalla.

Se perdió en la retaguardia el severo perfil de guerra, para ser trocado en plaza populachera de cominera disputa de botín: ciudades que solamente de lejos sabían algo de la guerra, con la amenaza documentación de una cosa lejana, pero en cuyo ambiente nunca había tronado la imperiosa voz del cañón, se vieron invadidas por el ansia egoísta de la administración de una victoria que aún no se había logrado.

Nació de estos hechos la consigna cien veces estúpida de la revolución, al mismo tiempo que la guerra, y el resultado inmediato, fué que se boicotease la guerra en nombre de la Revolución, privándola de hombres, de esfuerzos útiles y necesarios para el sacrificio bélico, y que por las centrales sindicales fueron ocupados en la tarea revolucionaria...

Pero es una ley física, que preside toda la ciencia de la mecánica, que en el Universo, lo que gana en fuerza se pierde en velocidad, y la guerra boicoteada por la privación nacional de los brazos necesarios para hacerla, se estabilizó, cuando no empezó, en algunos sitios, a presentar los alarmantes caracteres de una derrota... Ha sido este el primer elemento vivo, el primer fermento de derrota que se ha infiltrado en nuestras filas.

Pero no este solo: coincidiendo con él, desde los primeros momentos y gracias a un equivocado concepto de la administración de la victoria, se ha boicoteado la creación de un Ejército Popular, obediente a las órdenes emanadas del Gobierno. Con un voluntariado, no enroldado en la disciplina militar de un Estado, sino en aquella otra más laxa de las centrales sindicales, se ha querido constituir el ejército que, victoriosamente, pudiera oponerse a la guerra desencadenada por la sublevación militar. Queremos, deliberadamente, dejar para otra ropeas están interesadas en que en Es-

oportunidad más propicia el análisis y la crítica de los motivos que hayan existido para planear en esta forma la constitución de un ejército que fuera siquiera esperanza de la victoria; no son los momentos más apropiados para dejar escapar de la boca juicios y comentarios, quizá demasiado severos en la hora presente, pero sí hemos de decir que la experiencia de este ejército constituido a base de un voluntariado no orgánico de Estado, sino de fracción política y sindical, ha privado al Gobierno del Frente Popular, órgano de quien el pueblo espera la victoria de aquellos resortes de mando, disciplina, sometimiento a un mando, que si siempre son precisos en un ejército, son mucho más precisos, son inexcusables a un ejército de quien se espera una victoria. Hubiera quedado reducida la guerra española a aquella su iniciación de tropas nacionales sublevadas, y mercenario moro y legionario, y siempre hubiera sido conveniente oponerle un ejército organizado... Pero cuando la guerra civil dejó de ser tal guerra civil para convertirse en la lucha de un pueblo contra una invasión extranjera, invasión llevada a cabo por el material bélico más moderno, al servicio de unidades de unos ejércitos regulares, entonces ya no tuvo excusa ni pretexto, ni doctrinal ni doctrinario, la estructuración de un ejército sacado del voluntariado sindical, porque es el pueblo, el pueblo único, grande, sin distinción de credos ni matices políticos y sindicales, el que llama a las armas colectivamente por su Gobierno responsable, debió acudir como un alud a los frentes de combate a contener el avance del fascismo indígena y del fascismo invasor y extranjerizante... He aquí el segundo factor vivo; el segundo fermento de derrota que se ha logrado infiltrar en nuestras filas.

Existe aún otro factor, no enteramente sometido a nuestra voluntad, pero que sí cabe que sea modificado por una inteligente apreciación de los hechos y de sus consecuencias próximas y remotas. Ni España, ni su pleito interior, viven aisladas dentro de sus fronteras, sino en el medio de convivencia de una comunidad de naciones, a las cuales los hechos y los acontecimientos españoles les inspiran una profunda atención cuando no un profundo recelo. No solamente hay que ganar la guerra en el interior del país, sabiendo hacer la guerra, sabiendo sacrificarle todo cuanto le es preciso; es necesario, tanto o más que en el interior, acertar a ganar la guerra en el exterior, trayendo a nuestra ayuda, por lo menos a nuestra simpatía, a aquellos países de un contenido político semejante, sino idéntico, al contenido político por el cual luchamos nosotros. Y en este aspecto, aspecto primordial y neurálgico de la cuestión no valen buenas palabras, ni discursos, ni declaraciones, valen solamente las escuetas razones de los hechos. Por cada declaración de nuestros gobernantes, centenares de ojos diplomáticos acechan nuestros actos y dicen a sus Gobiernos la realidad de los acontecimientos españoles. Cumplen con su misión. Son nuestros actos los que deben informar a los Gobiernos extraños la realidad de lo que estamos haciendo, del motivo por el cual luchamos, del motivo por el cual morimos. Y debemos de ajustar nuestros actos a una premisa capital, que se debe decir a la opinión sin nubes, trampantojos ni rodeos. Las grandes democracias españolas no existen el fascismo; les va de-

masiado a ellas en el juego, para que puedan desear otra cosa, pero al mismo tiempo están interesadas en que en España no exista anarquía; y puestas en la disyuntiva de elegir entre fascismo o anarquía en España, su actitud es cruzarse de brazos, cuando no sea preferir el fascio a la anarquía. He aquí el tercer fermento vivo de derrota que se ha infiltrado en nuestras filas... Y en este último no caben engaños; los que al menos por haber sido si no lo somos en la actualidad, dirigentes de una masa de opinión, tenemos la obligación de conciencia de proclamando a todos los vientos, de clavarlo en todos los cerebros, en todos los corazones y en todas las conciencias.

Europa no quiere nada con una España anárquica, presidida por un Gobierno de quien se exige la victoria, pero a quien se le boicotean los elementos necesarios para el triunfo. Las democracias quieren en España una democracia más, plena de posibilidades y avances sociales, pero disciplinada, obediente a una estructuración estatal... Y es en vano esperar ayuda o simpatía mientras previamente nosotros, por encima de las declaraciones, manifiestos y discursos, no proclamemos con nuestros hechos que esto es una realidad, no una entelequia.

He aquí los tres factores de derrota que tenemos en el campo leal, claramente expuestos, crudamente expresados. Nacen de su estudio tres consignas que han de ser las consignas de la victoria: Primera. Olvidar la Revolución por la guerra.

Segunda. Constituir un Ejército Popular obligatorio, nacido del pueblo y al servicio del mismo.

Tercera. Garantía fundada en hechos, no en palabras, ante el extranjero, de que ni ahora ni después, la España leal ha de ser presa de la anarquía.

Estas tres consignas de guerra es necesario remacharlas a fuego en el corazón de todos los hombres conscientes, si queremos ganar la guerra. Es aún tiempo, aunque reconocemos que hayamos perdido mucho tiempo; pero estas consignas es necesario cumplirlas a rajatabla: nos va en ello la vida, la vida moral, y la vida física. Y algún día si no sabemos o no queremos o no podemos cumplirlas nosotros, los ojos atónitos y sembrados de nuestros hijos, que hoy se vuelven hacia nosotros con sus pupilas nubladas con la interrogación más trágica por más inocente de ¿por qué este bombardeo, por qué este sufrir?... El día de mañana, si no hemos sabido o querido ganar la guerra para ellos, con mirada cólerica sabrán preguntarnos, a nosotros o a nuestra memoria: ¿Por qué esta esclavitud?

Justicia implacable

Los asesinos de Sirval, muertos en el frente de Madrid

En uno de los sectores afectos a La Marañosa han caído acerbillados por las balas de los heroicos defensores de Madrid el capitán Caballero y los tenientes Dimitri Ivanov y Menéndez Pérez, los tres verdugos de los obreros de Asturias, que fueron condecorados como premio a todos los crímenes y actos de pillaje a que se entregaron en la población mártir de Oviedo.

La justicia es implacable. Los asesinos de Luis de Sirval han caído ahora bajo el plomo del pueblo trabajador.